hace mucho tiempo jactándose de ser la moralizadora del mundo. Así, piensa ella, perpetúa un recuerdo; pero nosotros agregamos que así no se hace la redención de los hombres, sino, que, por el contrario, se les barbariza, poniéndoles delante uno de los ejemplos más dolorosos de la historia. La Iglesia misma ningún provecho sacó de ese ejemplo de intolerancia bárbara, porque todavía no ha muchos siglos asesinó en nombre de un dios y de una fé á quienes pensaron menos servilmente que ella: todavía no ha muchos años declaró anatema para los hombres que tienen confianza en su razón. La semana santa recuerda un crímen de una época histórica: el asesinato de un hombre de Jesús propagandista de una doctrina religioso-social. Por lo tanto, ese espectáculo es doblemente inmoral: simboliza un crímen y es, de consiguiente, un mal ejemplo, en primer término; y en segundo lugar, no podrían los hombres de otra fé representar públicamente el drama sangriento de la histérica Juana de Arco ó de Juan Huss ó de Giordano Bruno? Con qué derecho la Iglesia exhibe un crímen cometido hace dos mil años por hombres sin cultura, cuando ella hace trescientos años no más, entre gentes cultas, ha cometido los mismos crímenes? Por otra parte, no se predica desde los púlpitos católicos el amor de los hombres? Cómo es entonces que públicamente se predica odio á la raza semita, odio á los malvados judíos que dieron muerte á Jesús? También esto es inmoral.

Y si tal no se pretende, si es un mero símbolo, entonces es de condenar no sólo á la Iglesia sino también á una sociedad que no se conmueve ante la triste situación de un hombre que marcha atado de pies y cuello á encontrar la muerte en los abiertos brazos de la cruz destinada á ajusticiar bandidos. Cómo esa